

Editorial

15

Ser de izquierdas. O parecerlo.

Existe una fórmula matemática para reconocer a aquel que se dice de izquierdas, lo parece, y, sin embargo, no lo es.

La denominaremos ley del compromiso (virtual) en la distancia. Puede formularse así: para el izquierdista ficticio el grado de indignación (gestual) y de radicalidad (verbal) es directamente proporcional a la distancia geográfica del motivo que la genera.

Así, si el motivo se encuentra a miles de kilómetros de distancia –Irak, por ejemplo– la intensidad de su indignación será máxima. Si, en cambio, el motivo se encuentra en su entorno inmediato –el laboral, por ejemplo– esta disminuirá al mínimo, hasta desaparecer cuando se alcance una situación de contacto directo con el mismo.

Desde luego, esta fórmula es todavía incompleta, pues sólo hace referencia a la distancia espacial en su sentido físico, cuantitativo. Es necesario, por eso, mejorarla para que incluya las distancias cualitativas: aquellas que separan a universos de existencia físicamente próximos pero experiencialmente autónomos y, en esa misma medida, cualitativamente distantes. Permítasenos un ejemplo universitario –pues es éste un ámbito donde la simulación que nos ocupa se halla notablemente extendida–: aun cuando el bar de una facultad determinada se encuentra físicamente muy próximo de la sala donde tiene lugar el consejo de departamento, la junta de facultad o el tribunal de oposición, esa distancia, en términos cualitativos, es máxima, pues separa dos universos de experiencia casi totalmente independientes.

De manera que la fórmula podría ser corregida en los siguiente términos: para el izquierdista ficticio el grado de indignación (gestual) y de

radicalidad (verbal) es directamente proporcional a la distancia geográfica o cualitativa del motivo que la genera.

Así, en el bar o, incluso, en los pasillos –espacios estos a los que no se concede su justa importancia como ámbitos autónomos de conducta– todavía más próximos a aquellos otros lugares donde el motivo tiene lugar, el izquierdista ficticio se reconoce de inmediato por la intensidad de su indignación, lo acalorado de su gesto, lo firme de su mirada comprometida. En cambio en los lugares donde el motivo reside, dada la ausencia de distancia, los signos de indignación cesan para verse sustituidos por una digna serenidad, pragmática y eficaz.

Claro está que un somero análisis de la fórmula en cuestión permite deducir que el factor distancia –sea cuantitativa o cualitativa– es inversamente proporcional al factor riesgo y directamente proporcional al factor beneficio.

De manera que el izquierdista virtual exhibirá tanto más patentemente los signos de su (virtual) compromiso izquierdista cuanto menor sea el riesgo que ello comporte y cuanto mayor sea el beneficio que de ello pueda obtener. Incluido el beneficio narcisista de *sentirse de izquierdas*.